La fea

Ramiro de Jesús Restrepo Uribe

(Colombia, 1954-v.)

Economista, Especialista en Política Económica de la Universidad de Antioquia. Profesor asociado de la Universidad Nacional de Colombia. Ha publicado sus cuentos en varias revistas y en una antología de escritores latinoamericanos. Autor de cuatro libros de cuentos.

Resumen

Este cuento, narrado en primera persona, aborda el tema de las feas eróticamente exitosas. Describe la venganza de una mujer que se considera fea y tiene sentimientos de ira por ello. Más allá de la historia descrita, se pone sobre el tapete el tema de la belleza, su vigencia, la transformación y subjetividad del concepto.

Palabras clave

Belleza, erotismo, fealdad, sexualidad.

"Llévese su ratoncita", exclamó la comadrona. "Dele gracias al diablo que nació viva. Quizá sobreviva si es amamantada como lo exige su origen".

Mi vida no empezó, pues, muy bien que digamos.

Mi padre, Lúdico, siempre fue un licencioso, condenado por el cura a engendrar esperpentos con las lúdicras del pueblo. Soy hija de la maldición, castigada, vejada, pero logré aprender: la debilidad de los hombres fue para mí escuela.

Mi figura hizo que mi vecino, profesor de historia de la fisonomía, escribiera un tratado sobre la estética de lo feo. Me describió como un espécimen con

un tubérculo grueso como nariz, ojos con divergencia completa, extremidades cóncavas y grasosas, boca retorcida, mentón prominente, estómago como un tamal inflado, toda una gorda de Botero.

Había nacido sin capacidad para reír. Yo quería lo oscuro, no deseaba que mis ojos fueran estrellas brillantes para nadie, nada de ser espíritu radiante, nada de amores romanticones. Mi grado de prosperidad era como para dormir en una acera; me hice el deber de no sentir frustración por no poder ir al cirujano, ni comprar menjurjes para el cuerpo; traté por todos los medios de verme lo más huraña que pudiera, sin remordimientos. ¡Al carajo la estética de las bellas! Me manifesté impetuosa y reflexiva, con temple y sed de dominio. Me hice a la feliz idea de resaltar la desigual atracción sexual con mi figura de espantapájaros (yo sabía de la conjetura de que la atracción y desmesura sexual no eran patrimonio exclusivo de las bellas), con mi estereotipo de estrato cero quería manifestarme como pantera en busca de presa. El sexo-erotismo requiere espectáculo y estaba dispuesta a darlo. Necesitaba mostrar los pechos turgentes, mirar exultantemente, que nadie se resistiera a las conductas deshonrosas. Me hacía a la intuición de que la pasión no admitía órdenes morales. Me convencí, además, de que la realidad sin teatralidad era como una ebriedad sin gracia.

Planeaba escenas: mis dedos circunvalando pechos masculinos, bajando hasta tocar sus mástiles; planeaba mostrarles mis sísmicos pechos, exhibirles mis labios ampulosos y hacerlos esclavos del deseo y la pasión. Tenía bien claro que con el cuerpo seducen las mujeres y con la labia los hombres. Me propuse utilizar ambas caucheras para dominar. El cuerpo feo y el gran discurso. Dominar, subyugar, embrujar con el cuerpo y la cursilería desmedida.

El capellán, predicador contumaz, amargado erecto, sentado o acostado, siempre me miraba con ojos venenosos y venéreos; me pareció la primera víctima ideal. Le mostré poco a poco mi cuerpo. Había conseguido saber jugar con lo raro, lo frenético y lo atrayente: el desnudo. Lo tenté con parsimonia, mostrando el coqueteo, contorneando las caderas, resaltando los pechos y vislumbrando el claroscuro entre los muslos. Exageraba mi fealdad, tanta que hasta los espejos me espantaban. Había que expulsarle sus ensueños místicos, hacerle sentir los placeres cotidianos, la nimiedad de la vida. Claro, llevarlo de la mano a una buena pitanza: jamones y quesos, y corderos asados y pescados y buenos vinos y no simular decoro. Y manejar a la perfección la mentira, hacer que mi juicio determinara su conducta. Tenía que aprovechar la debilidad de su soledad. Sentía necesario, me convencí hasta la médula, combinar todas las artes de seducción. Agregué a mi lista la de lectora del tarot; a un supersticioso con temor de futuro le caían como anillo al dedo.

Al leerle las cartas, le advertí que la casa del sexo definía sin ambigüedades que explanarse en el delirio erótico sanaría sus amarguras. Cayó con facilidad en mis redes.

Para la primera ocasión opté por una manta de color verde grama de desmesurado escote. Exhibí con altivez mis grandes y deformadas tetas. Las lenguas fueron nuestras mejores aliadas.

"¿Necesitan algo?", preguntó una vecina, tal vez aterrorizada por los gemidos.